

# CRÍTICA DE LIBROS

## UN SALVADOR DE LA AMÉRICA LATINA

DANIEL COSÍO VILLEGAS,  
*del Colegio Nacional*

Nada fácil es lograr una impresión general del último libro\* de don Salvador de Madariaga, quizás por la extrema heterogeneidad de sus ingredientes y por la manifiesta diversidad de los campos por donde cruza, ahora sí que "raudo y veloz". En cambio, casi resulta inevitable sacar de su lectura una moraleja: no vale ya la pena hablar o escribir sobre la América Latina sin haberla estudiado antes seriamente, o, dicho de otro modo, pasó la hora en que podía ser útil (y hasta novedosa) la expresión de *pre-sentimientos* y de *pre-juicios*.

No hace mucho, otro genio de las generalizaciones, el historiador Toynbee, nos regaló con otro "estudio" o "interpretación", del que los pobres latinoamericanos jamás podrán sacar una enseñanza. A pesar de conocer la lengua y parte de la historia; a pesar de haber visto con sus propios ojos un buen número de países de la América Latina; a pesar de su ingenio personal y de la maestría indudable de su pluma, los resultados a que llegó a Madariaga no son mucho mejores.

Una de las razones es que (Madariaga en un grado menor y Toynbee en un grado absoluto) caen en la fácil solución de "informarse" en los escritos de autores norteamericanos, los únicos que estudian la América Latina, y, por supuesto (con toda la ironía que esto trae consigo), son mayores las veces en que se tragan los errores de éstos que aquellas otras en que dan con sus aciertos. El señor Toynbee, por ejemplo, repite la tonta observación de Oscar Lewis de que las grandes cantidades de whisky que ingerimos, demuestran que los mexicanos imitamos en todo a los norteamericanos. Al señor Toynbee no se le ocurrió pensar (como tampoco al señor Lewis) que, dados los precios en verdad astronáuticos que alcanza el whisky en México, no pueden ser muchos los mexicanos que lo beben habitualmente. Menos se le ocurrió pensar que México no es el único país que ha caído en este loable vicio, sino que todos

\* *Latin America between the Eagle and the Bear*. Londres: Hollis and Carter, 1962; XII + 192 pp.

los pueblos del orbe (el último Francia, ¡y en qué proporciones!) han caído en él. Todavía menos —¡claro!— se le ocurrió pensar que los mexicanos lo consuman, no por imitar a nadie, sino simplemente porque tienen buen gusto y guardan su salud cuanto es posible. Pero lo que parece el colmo es que a un inglés no se le haya ocurrido pensar que, después de todo, el whisky viene de Escocia, y que, en consecuencia, si a alguien imitamos, es a los escoceses y no a los norteamericanos, esto sin contar con que éstos, mucho antes que nosotros, los habían imitado.

Pues bien, para Madariaga, uno de los factores que hace más inestable todavía su vida, es la inclinación de las naciones latinoamericanas a imitar instituciones y modos de proceder norteamericanos, lo mismo —dice— si son recomendables intrínsecamente, o si, siéndolo en el caso de Estados Unidos, pueden ellas adoptarlos. Y ejemplifica este grave diagnóstico con la adopción del sistema presidencialista de gobierno y la elección del presidente de la República por “un voto masivo de la población”. (Supongamos que esta vaga expresión quiere decir voto universal directo.) El señor Madariaga considera que semejante organización constitucional ha tenido y tiene consecuencias “desastrosas” para los países latinoamericanos porque el modo de elegir al jefe del Estado los hunde irremediablemente en la demagogia. No contento con todo esto, llega a la siguiente conclusión: “y como la inestabilidad y el voto de masas son factores que favorecen una estampida hacia el comunismo, resulta bastante paradójico que la América Latina se exponga a una infección comunista por imitar a Estados Unidos”.

Uno tiene que convenir en que difícilmente se puede poner tanta irreflexión en un párrafo de quince líneas. En primer lugar, el fenómeno de imitar a Estados Unidos (sobre todo, claro, después de la segunda Guerra Mundial) es universal; en segundo lugar, lo es también la tendencia a fortificar el poder ejecutivo a expensas del legislativo; en tercero, si hay alguna región del mundo con una tradición (buena o mala, esa es otra cosa) de “hombres fuertes”, o de tiranos, es la América Latina; en cuarto lugar, muchos países nuestros (México desde luego, con su Constitución del 57) han ensayado una organización constitucional distinta, y han vuelto al régimen del ejecutivo fuerte; en quinto lugar, con todo lo recomendable que en teoría pueda ser limitar el voto al ciudadano alfabeto y propietario o rentista, la idea es insostenible en la vida política real de nuestros días; en fin, puede estar seguro el señor Madariaga de que si alguna vez las nacio-

nes latinoamericanas se convierten al comunismo, no será ciertamente a causa de su organización constitucional ni de sus procedimientos electorales, sino por razones muy diversas, y, desde luego, de más fondo.

POR SUPUESTO que no todo el libro de Madariaga es así de flojo: sus seis primeros párrafos, a más de brillantísimos, y de dejar atrás cuanto los propios latinoamericanos escriben de sí mismo, son acertados; pero, aparte de que los dos siguientes vuelven a ser pobres, y el 9 y toda la parte II revelan una preocupación vieja en Madariaga: no sólo excusar a España de cuanto mal que padezcan nuestros países, sino sostener que todos ellos estaban mucho mejor durante el virreinato que antes y después, incluyendo, por supuesto, el día de hoy. Estas mismas ideas llevan a Madariaga a sostener —sin duda con buenas razones— que, sin una apreciación de la herencia española, es imposible entender los problemas actuales de la América Hispánica.

El capitulillo 17 de la Primera Parte, en que se hace un esquema brevísimo y poco matizado de los partidos políticos de cada uno de los países latinoamericanos, es, sin embargo, justo y claro; pero tiene una gran falla, reveladora, por otra parte, de la destreza de Madariaga para lidiar con los temas laterales y renunciar a considerar los verdaderamente importantes. Con toda razón, reconoce que no hay país de la América Latina que no mejore en algún grado; para él, sin embargo, la cuestión consiste en encauzar la transformación de modo que no se oriente demasiado a la derecha ni tampoco hacia la extrema izquierda. Muchos escritores latinoamericanos, a la inversa, juzgan que el verdadero problema es el *tempo* con que la mejoría va lográndose, pues el hombre actual, irritadamente impaciente, no se conformará sino con frutos inmediatos y ciertos. En la parte III, “El Aspecto Norteamericano”, Madariaga repite, aun cuando con eficacia, el cargo de que Estados Unidos ha perdido toda autoridad moral por su proclividad a los dictadores, lo mismo de España que de la América Latina; todavía con mayor irritación, repite el cargo de que Estados Unidos vive en un desconocimiento profundo de la cultura española y de la hispanoamericana; en fin, Madariaga especula con vivacidad sobre el problema (aun no resuelto) de que el gobierno de Estados Unidos no ha logrado dissociarse de los proceder de las empresas y de los individuos norteamericanos que invierten dinero en la América Latina, y que, tras sacar de ella ganancias fabulosas, todavía quieren gozar de privilegios especiales.

Pero aquí Madariaga cae en una inocentada: recomendar a Estados Unidos la abstinencia, o sea no invertir dinero (ni su gobierno ni sus nacionales, es de suponerse) en la industria, la agricultura o el comercio de la América Hispánica. ¿Está seguro Madariaga de que esa abstinencia no acabaría por arruinar, o debilitar mucho, por lo menos, la economía interna de Estados Unidos?

EL FIN FINAL del libro de Madariaga es dar la señal de alarma (sobre todo, claro, a Estados Unidos) acerca del peligro de que la América caiga en el comunismo. Pintar, y, sobre todo, medir esos peligros, es una tarea necesaria, y Madariaga, después de todo, la acomete con decisión. No tarda uno en convencerse, sin embargo, de que exagera, y de que, en todo caso, ni está muy seguro de las causas que podrían producir ese vuelco, ni mucho menos cómo, en verdad, podría evitarse.

## DE LA LIBERACIÓN A DE GAULLE

RAFAEL SEGOVIA,  
*del Colegio de México*

Alfred Grosser debe figurar ya entre aquellos politistas o politólogos franceses —Duverger, Aron, Goguel, etcétera—, que se conocen más allá de sus fronteras. Especializado en los problemas alemanes, su obra ha sido lo bastante apreciada para llegar a la consagración que es la traducción. Algunos de sus libros son hoy referencias indispensables para cuantos se acercan al problema alemán. Dedicado generosamente a trabajar por el acercamiento franco alemán, articulista del diario católico *La Croix*, secretario de la revista *Allemagne* y profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de París, su curriculum le lleva a un europeísmo que lo es de vocación tanto como de razón. Su mayor mérito será, por encima de los ya expuestos, el no encerrarse en los cómodos y mezquinos límites de *la especialidad*; basta con leer los títulos de sus publicaciones para ver cómo a los lados de una línea fundamental aparecen estudios alejados del tema central, y que son signos de su interés por todo cuanto se refiere a las ciencias humanas.